

**DISCURSO DE S.E.
EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
DON PATRICIO AYLWIN AZÓCAR,
EN EL DIA INTERNACIONAL DE LA MUJER**

2

Señor representante de Naciones Unidas

Sra. Ministra del Sernam

Sres. Ministros de Estado

Estimadas amigas:

Con mucho agrado participo en este acto de celebración del Día Internacional de la Mujer que ya se ha convertido en una tradición en nuestra patria y que representa una ocasión propicia para que la sociedad tenga presente los anhelos, el aporte y los problemas de las mujeres que, tal vez por ser tan cercanos a la vida de cada cual, permanecen tantas veces invisibles o desvalorizados.

Ha sido largo el camino que han recorrido las mujeres para reivindicar sus derechos y su plena incorporación en los diversos ámbitos de la vida social. Es un camino que aún no termina, pero que ha ido dando frutos, no sólo en beneficio de las mujeres, sino de toda la comunidad humana.

Como aquí se ha señalado, durante nuestro gobierno se han dado pasos significativos para establecer un “nuevo trato” con las mujeres chilenas.

Hemos trabajado no sólo para buscar solución a sus problemas específicos, sino también para valorar su visión y aporte que, en conjunto con la visión y el aporte masculino, da cuenta de todas las necesidades y esperanzas de la sociedad y contribuye a hacer de nuestra patria un lugar adecuado para una vida buena.

Aspiramos a una incorporación efectiva de las mujeres en los múltiples aspectos de nuestra convivencia nacional porque queremos construir una democracia plena, que sea capaz de acoger a todos sus miembros y aceptar la diversidad como algo enriquecedor de la vida humana. Diversidad de sexos, de ideas, de edades, de formas de vida, pero común dignidad humana que hace injusta cualquier forma de discriminación o exclusión.

De este modo, lo que estamos haciendo por las mujeres y con las mujeres se inserta en el esfuerzo del gobierno para consolidar una convivencia democrática entre los chilenos e impulsar en nuestro país un desarrollo equitativo que haga posible una efectiva integración nacional.

El mundo de las mujeres tiene sin duda rasgos propios. Hay muchas realidades específicamente femeninas y así lo hemos asumido al enfrentar los problemas de las mujeres jefas de hogar, las adolescentes embarazadas, la mujer golpeada, las temporeras, las trabajadoras de casa particular, etétera.

Por otra parte, las mujeres aportan, por su sensibilidad femenina, una aproximación a las contingencias de la vida generalmente más realista que la de los varones. Su vida transcurre más cercana a las necesidades concretas del quehacer diario de la familia. Cuando falta el pan o el vestido, cuando hay un niño enfermo, un joven desorientado o un anciano abandonado, son casi siempre mujeres quienes se hacen cargo de la situación.

Los acontecimientos mundiales de los últimos tiempos parecen demostrar que las grandes concepciones ideológicas no resuelven por sí solas los problemas de una sociedad. Ello nos confirma que la acción política no puede alejarse de la realidad de la gente.

Cuando las naciones logran superar grandes conflictos y establecer acuerdos para una convivencia civilizada, surgen como temas de preocupación ciudadana los problemas de la vida cotidiana e incluso lo que antes pudo parecer esfera de la vida privada se transforma en tema de preocupación de toda la sociedad.

Es lo que hemos visto en nuestra patria, donde la lucha por la democracia, la defensa de los derechos humanos y las discusiones sobre el sistema económico o las formas de propiedad, han ido cediendo paso a temas que afectan la vida concreta y diaria de las familias, en una gama muy amplia que incluye desde asuntos de moral privada hasta los derechos de los consumidores.

En este ámbito las mujeres tienen mucho que decir. Son las mejores interlocutoras de las políticas sociales, que requieren de su colaboración. Ellas conocen mejor que nadie las necesidades de espacio en las viviendas, las carencias en la atención de salud o las dificultades en la educación de sus hijos.

Por otra parte, cada vez se hace más evidente que la familia desempeña un rol fundamental en la vida de la sociedad. Desde luego es el núcleo fundamental en la formación de las personas y en el desarrollo de valores, conductas y sentimientos indispensables para una vida plenamente humana. Por otra parte es unidad de enlace entre el individuo y la sociedad, a partir de la cual las nuevas generaciones toman contacto con la realidad social, se insertan en ella y le aportan los hábitos, ideales y aspiraciones adquiridos en el hogar.

Si queremos enfrentar con éxito problemas sociales tan importantes en nuestros días como la delincuencia juvenil, la drogadicción, o la violencia doméstica, debemos partir trabajando con el grupo familiar.

Para mejorar la calidad de vida de un pueblo ciertamente se requiere de políticas en salud, educación, creación de empleos y viviendas; pero ello no es suficiente. La felicidad o infelicidad de las personas depende fundamentalmente de la calidad de sus relaciones interpersonales, de un desarrollo humano que abarque toda su complejidad psicológica, social y espiritual. Y en ello la familia tiene un papel preponderante. Por esto, el fortalecimiento de la familia tiene especial prioridad si queremos realmente construir una civilización del amor.

En esta etapa trascendental de la vida de nuestra patria, en que estamos reconstruyendo, consolidando y perfeccionando nuestra convivencia democrática, el aporte de las mujeres chilenas es indispensable e insustituible.

Nuestro mayor desafío es derrotar a la pobreza y superar las irritantes desigualdades que dividen a nuestra sociedad. Esto nos exige un esfuerzo simultáneo para impulsar el desarrollo económico y la justicia social. Es lo que queremos expresar cuando hablamos de “crecimiento con equidad”. No saldremos de la pobreza si no somos capaces de multiplicar y modernizar nuestra producción de bienes y servicios. Ello nos exige trabajo, inversiones, iniciativa, disciplina, creatividad, perfeccionamiento tecnológico. Pero ello no basta. Es necesario que tanto ese esfuerzo como sus frutos sean compartidos con sentido de justicia entre todos los sectores. No haremos patria si sólo algunos se enriquecen y la mayoría sigue sumida en la pobreza y es mera espectadora del bienestar ajeno.

Para lograr éxito en esta tarea, necesitamos que un gran espíritu de solidaridad prevalezca en nuestra convivencia social. Y ¿quiénes más solidarias que las mujeres? De ello nos dieron prueba y ejemplo, en los negros días del autoritarismo, con sus múltiples acciones y organizaciones en defensa de sus seres queridos, en ayuda mutua y en auxilio a los más necesitados.

Permítanme que aproveche este encuentro, en este Día de la Mujer, para hacer un cordial llamado a todas las mujeres de Chile, a tomar un lugar de vanguardia en la gran tarea, en que mi gobierno se encuentra empeñado, de hacer de nuestra patria una nación de hermanos.

Ello exige de todos serios esfuerzos de comprensión —para entender a los demás—, de generosidad —para renunciar a bienes que tenemos o anhelamos en favor de quienes más los necesitan—, de humildad —para rehuir toda ostentación y situarse a la altura de los más pequeños—, de amor —para darse hasta el sacrificio en bien de los demás—. El pueblo de Chile necesita mucha comprensión, mucha generosidad, mucha humildad y mucho amor. Las necesitan, sobre todo, los niños a quienes falta un hogar, los jóvenes desorientados, las mujeres abandonadas o maltratadas.

Ustedes saben que nadie es tan capaz como las mujeres de esas virtudes de comprensión, generosidad, humildad y amor.

Y saben, también, que ustedes pueden dar mucho, porque ustedes son el corazón y, como dijo el viejo sabio, el corazón tiene sus razones que la razón no entiende.

Permítanme al concluir, expresarles el anhelo de que esta celebración del Día de la Mujer no sea sólo un acto de expresión gremial de reivindicaciones feministas; que sea también un compromiso de servicio, en los ámbitos propios de la vocación femenina —que sólo la mujer y nadie mejor que la mujer puede cumplir— para hacer aportes efectivos en la construcción de la patria libre, justa y buena que queremos.

Humildemente se los pido y —como confío en vuestra respuesta positiva— se los agradezco de antemano. ¡Gracias!